

vuestra. De este modo, dando incontestables pruebas de que practicais la virtud santa de la esperanza, habreis imitado á Jesucristo que se conformó con la voluntad de su Eterno Padre á quien dirigió la misma esclamacion, y merecereis que esa Virgen purísima que en medio de las mayores aficciones y sinsabores puso siempre su esperanza en el Señor, acepte vuestra devocion y el culto que le tributais, y mirándoos como á verdaderos hijos interceda por vosotros para que os sean perdonados vuestros pecados, y alcanceis la divina misericordia. Para que así suceda, no ceseis de repetir en todas vuestras tribulaciones las palabras del Real Profeta que sirvieron de base á este discurso: *Mihi autem adhærere Deo bonum est: ponere in Domino Deo spem meam.* Mi bien consiste en estar unido á Dios, en poner en el Señor Dios mi esperanza.

Dulcísima María: sabemos que de Dios viene el perdón y la misericordia, que de su mano pende todo don perfecto: por esto ponemos en él nuestra esperanza y toda nuestra confianza; pero tambien sabemos que vos sois la Madre de la Santa Esperanza, y que vuestra voz es escuchada por el Señor con mas prontitud que si le pidieran á la vez todos los coros angélicos y todos los bienaventurados. En vos, pues, ponemos tambien nuestra confianza, esperando supliqueis á vuestro santísimo Hijo se digne dispensarnos su divina gracia, á fin de que caminando de virtud en virtud, cumpliendo exactamente con la divina ley, y siendo resignados á su voluntad en cuantas aficciones se digne mandarnos, merezcamos un dia la recompensa de la gloria, donde en vuestra compañía alabemos y bendigamos á nuestro buen Dios por los siglos de los siglos. *Amen.*

SERMON

PARA EL CUARTO DIA DE LA NOVENA.

DE LA CARIDAD DE MARÍA SANTÍSIMA EN ÓRDEN Á DIOS

La naturaleza, la razon y la religion obligan al hombre á amar á su Dios.

Diliges Dominum Deum tuum, ex toto corde tuo, et in tota anima tua, et in tota mente tua.

Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazon, con todas tus fuerzas y con toda tu alma.

Math. cap. XXII, v. 37.

Aunque la religion no nos ordenara amar á Dios: aunque este precepto no fuera el primero y principal de la ley divina, la misma naturaleza y la luz de la razon están acordes en este deber que liga al hombre para con su Hacedor. Si á Dios como á primera causa debemos nuestra existencia, si él nos la conserva, ¿qué cosa mas justa que la criatura le ame y le rinda tributo de adoracion y respeto en reconocimiento de su

supremo poder y soberanía? En esto consiste principalmente la caridad, en amar á Dios segun exige y al prójimo como á nosotros mismos. ¡Oh caridad divina que tienes tu origen en el cielo! ¡Cuán hermosa, cuán brillante te presentas á mi vista! Superior á la fé y á la esperanza, ella es la reina, la señora de las virtudes todas. Concluye la fé en el sepulcro porque desde él pasamos á ver lo que era antes el objeto de nuestras creencias, y donde acababa la fé concluye tambien la esperanza, porque si esperábamos bienes eternos é hicimos mérito para ellos, entramos en su posesion, gozamos la vision beatífica y nada tenemos ya que esperar. ¿Pero y la caridad? ¡Ah! Que la caridad, mas duradera que nuestra existencia, nos acompaña mas allá de la tumba, penetra con el hombre en el cielo y allí se perfecciona, porque si en la tierra nos ha hecho amar á Dios, segun permite nuestra limitacion, allí, en la mansion de la felicidad viendo á Dios cara á cara y sin los velos de la fé, nos hace amarle en toda la estension en que le es posible amarle al bienaventurado.

Si hubiéramos de hablar en toda su estension de la virtud de la caridad, fundamento de nuestra religion, piedra sobre que ella está sostenida, no bastaria seguramente que á este asunto hubiésemos dedicado todos los sermones de este novenario. Los libros santos de ambos Testamentos nos hablan en casi todas sus páginas de la caridad: los Santos Padres dedicaron á la caridad sus mas brillantes páginas, y los mas elocuentes oradores sagrados, hicieron á la caridad objeto de sus mas sábios y profundos discursos, y con razon sobrada, porque sin caridad no hay religion. Dios es caridad, y el que permanece en caridad, permanece

en Dios y Dios permanece en él (1). Sí, caridad es Dios: caridad son todas las obras de sus manos: caridad manifestada en la reproduccion de las plantas, en el orden de los astros: caridad en cuanto percibe nuestra mente. Caridad fué la redencion en el Padre que nos dió á su Unigénito, en el Hijo que se ofreció gustoso por nosotros, en el Espíritu Santo que aceptó con el Padre el gran sacrificio. En caridad fundóse la Iglesia Santa, Católica Apostólica Romana; la caridad dió esfuerzo á los Apóstoles para predicar y convertir al mundo: la caridad la que dió fortaleza á los mártires para bendecir el nombre de Dios en medio de los tormentos: la caridad formó tantos ilustres confesores: la caridad... ¡Pero á donde voy! Esta tarde en que mi balbuciente y torpe lengua debe emplearse en asunto tan divino, desearia yo estar adornado de la elocuencia de un Agustin y de la dulzura de un Bernardo. ¡Quién me diera el don de persuadir que distinguia al Apóstol de las gentes!

Debemos tratar hoy de esta virtud en orden á Dios, para mostrarla mañana en orden al prójimo. María Santísima, á quien venimos tomando por tipo de todas las virtudes, va á enseñarnos el modo práctico como debemos amar á nuestro Dios. Daremos una rápida ojeada á algunos actos de su preciosa y ejemplarísima vida: la observaremos entregada toda á Dios, rindiéndole perpétua adoracion. La veremos siempre unida á Dios, y si á vista de este perfectísimo modelo no nos resolvemos á amar á nuestro Dios en espíritu y en verdad, ¡ah! ¡desgraciados entonces de nosotros! ¡infeliz del que de tal modo obre! Mas in-

(1) Deus charitas est: et qui manet in charitate, in Deo manet et Deus in ee. Joan. cap. IV, v. 16.

sensato que las bestias encontrará su perdición, porque *la misma naturaleza, la razón y la religión de común acuerdo obligan al hombre á amar á su Dios.* María cumplió este deber en cuanto puede cumplirlo una criatura, y una criatura tan llena de gracia como ella. Apliquémonos, pues, por ser materia de tanto interés, á tomar las lecciones que va á darnos en esta tarde: de aprenderlas y practicarlas pende nuestra eterna suerte y felicidad.

Virgen Purísima, Madre de la caridad, porque sois Madre de Dios, nada de provecho podré hacer en esta tarde, si no soy asistido con luces celestiales. Mi miseria y pequeñez no me dan aliento para llegar á implorarlos, porque no tengo mérito alguno que presentar ante el divino acatamiento. Presentad vos los vuestros, Madre mía, é implorad gracias en mi favor, ínterin que nosotros os saludamos, repitiéndoos la hermosa salutación del Arcángel. *Ave María.*

PARTE UNICA.

Un sentimiento natural impreso en nuestra alma nos hace amar á nuestros padres desde antes que la razón empiece á iluminar nuestro entendimiento: arrebatad, aunque sea con muestras de cariño, á un tierno infante de los brazos de sus progenitores, y le vereis llorar por desasirse de los vuestros y volver al regazo paterno. Dios es el padre de todos los vivientes, es el autor del cielo, de la tierra, de los cuerpos, de los espíritus. Todo le es deudor de la existencia, todo le debe la vida. Ved aquí por qué está todo sujeto á su dominio y soberanía. Todo hombre dotado de razón se siente inclinado á amarle, aunque la religión no

se lo previniese como un precepto, diciéndole: «Ama á tu Dios.» Este deber es conocido generalmente. ¿Qué hombre os dirá, pertenezca á esta ó á otra secta, no debeis amar á vuestro Dios? Ninguno ciertamente. Nosotros, por la gracia del Señor, no incurrimos en los errores del paganismo, no reconocemos y adoramos por Dios á ídolos de piedra y barro; Dagon ni Bel no son objetos de nuestro culto. Reconocemos por Dios al que lo es único y verdadero, al que sentado en su trono de gloria en el Empíreo todo lo hace, todo lo ve, todo lo gobierna. Sabemos que debemos amarle, y la Iglesia nuestra Madre, llena de piedad, nos advierte desde el momento en que nos abre sus puertas para recibirnos en el número de sus hijos, lo mismo que advertía Moisés á su pueblo, el modo como debemos amarle. Amarás, nos dice, á tu Dios, con todo tu corazón, con todas tus fuerzas, con toda tu alma. *Diliges Dominum Deum tuum, ex toto corde tuo, et in tota anima tua, et in tota mente tua.* ¡Ah! ¡qué felices fuéramos, si haciéndolo de este modo, viviésemos los hijos de la Iglesia unidos por el fuerte lazo de la caridad y ligados por los vínculos de la fé, en el amor y adoración de la deidad suprema del Señor, formando en la tierra un trasunto de la celestial Jerusalem, no formando sino un solo corazón, una sola alma, viviendo en santa paz, como de los primeros cristianos de Antioquia nos refiere el Crisóstomo!

Mas ¡oh desgracia digna de llorarse con lágrimas de sangre! Conforme fué andando el tiempo, fueron muchos cristianos dejando enfriar el fuego de la caridad, y mezclado se vió el trigo con la cizaña. Todos aman, pero con amor diverso: unos aman al mas perfecto objeto de amor, otros ponen su corazón en ídolos

de carne. En tiempos de San Agustín ya se experimentaba esta metamorfosis. El Santo Doctor nos hace ver que dos amores distintos fundaron dos ciudades. «El amor de Dios, hasta el desprecio de sí mismo, edificó la brillante ciudad de Jerusalén; el amor propio con desprecio de todo un Dios edificó la infame ciudad de Babilonia (1).» De tal modo se entregaron muchas criaturas al amor de Dios, que no solamente miraron con indiferencia al mundo y cuanto él ofrece, sino que hasta llegaron á despreciarse á sí mismos, castigando su carne con ásperas penitencias, y entregándose de lleno á la oración y á la contemplación de Dios, de su bondad, de su amor, de su misericordia. La soberbia apoderóse de otros, que hinchádoles de amor propio y apegándose á las cosas terrenas, les hizo olvidar á Dios. ¿Quereis saber vosotros si amais á Dios del modo que él os exige? Es decir, ¿deseais saber si le amais con todo vuestro corazón, con toda vuestra alma, con todas vuestras fuerzas? ¿Deseais conocer claramente si le amais con amor de corazón y de sentimiento, llamado por los teólogos amor afectivo? ¿Quereis saber si vivís en caridad, y por consiguiente Dios está en vosotros? Pues podeis satisfacer vuestros deseos, preguntándoos á vosotros mismos: preguntadlo á vuestras costumbres. Ved si vivís en la observancia de los santos mandamientos, si por el amor que teneis ó que profesais á Dios os apartais de las malas obras, de los caminos de perdición. ¿Titubeeis en contestar? ¿Necesitais acaso un modelo del amor práctico? Pues yo os haré ver uno perfectamente acabado: yo os presentaré delante de los ojos el ejemplar mas perfecto del amor de Dios.

(1) Aug. lib. I de civit. Dei.

Tú ¡oh amabilísima Madre de mi Dios! tú vas á ser el elocuente libro donde hemos de aprender los grados del amor mas puro. Tú eres la maestra que nos vas á hacer conocer con tu ejemplo que no hay felicidad mayor que la de amar con toda nuestra alma á nuestro Dios; que no hay ni haber puede mayor ventura ni mas positiva dicha que la de entregarle nuestro corazón por completo. Háblanos, pues; instrúyenos, refiriéndonos el modo como le amásteis vos durante vivisteis en este mundo. Mas ¡ay, hermosísima María! que yo sé que el amor que á Dios profesan los serafines y demas coros angélicos que rodean su trono, no es tan grande y tan elevado como el que vos le profesásteis desde el momento primero de vuestra existencia. Por eso fuisteis digna de que el Señor permaneciera en vos del modo tan admirable como no ha permanecido ni permanecerá jamás en ninguna otra criatura, porque ninguna os ha escedido ni os escederá en caridad.

Y en efecto, devotos de la Santísima Virgen, entusiastas por sus glorias, ¡qué admirable se presenta la Señora á nuestros ojos, cuando registrando las páginas del Evangelio y leyendo en ellas lo que habla de esta singular criatura, la vemos como embebida en Dios, digámoslo así, desde el instante de su formación hasta el ocaso de sus días en la tierra, digo, hasta el momento en que en premio de su caridad heroica y extraordinaria pasó al cielo á continuar para siempre en el amor de su Dios! No seré yo el que os diga que María resplandeció mas en esta que en las otras virtudes: esto haria agravio á la que fué perfectísima en todas ellas. Ni fué mas caritativa que humilde, ni mas humilde que obe-

diente, ni mas obediente que pura: con decir que en ella no hubo jamás ni sombra la mas leve de pecado, creo decir bastante. Mas aunque partamos del principio cierto é indudable de que en ella resplandecieron todas las virtudes en grado heróico, como quiera que la caridad es el fundamento donde todas descansan; como quiera, digo, que la caridad es el trono, el pedestal, la reina de todas las virtudes, déjase descubrir en todos los actos de su pasmosa vida; si la fé le hace reconocer en su Hijo abatido al verdadero Dios, en este acto sublime resplandece su caridad heróica, no abandonándole un instante, y deseando morir con él como con él padece. Si la observais humildísima sobre toda ponderacion, considerándose y teniéndose por nada no obstante su dignidad sublime, allí resplandece tambien su caridad, deseando que solo Dios sea alabado y reverenciado. Si no podeis menos de pasmaros al contemplar su angelical pureza, pureza que hubiese preferido conservar á ser madre de Dios, si su maternidad no hubiese sido por obra del Espíritu Santo, allí es donde observar podemos las brillantes ráfagas de su caridad hermosa. Amaba á Dios con toda perfeccion: háiale consagrado su virginidad, y nada hubiera sido capaz de hacerle quebrantar sus santos propósitos.

Si queremos conocer á donde llegó el amor de Dios en el corazon de María, oigamos el testimonio de la misma Señora que dijo á Santa Brígida: «En este mundo no tuve otro pensamiento, ni otro deseo, ni otro gozo que Dios.» Y así debia de ser ciertamente, puesto que si esceptuamos á Jesucristo que como Dios es el autor de la gracia, no ha habido

criatura mas santa que María. Discurramos con órden. Hay, segun la doctrina de los teólogos, gracia que se llama *santificante*, y otra que se denomina *gratis data*. Son las primeras las que se conceden á las criaturas para que se hagan mas gratas á Dios y se unan mas íntimamente á él: y las segundas son las que Dios concede para poder trabajar en beneficio de nuestros prójimos. Es indudable que María recibió una gran abundancia de una y otra. Ninguna criatura fué ni será destinada á una dignidad tan superior como la suya, y siendo así, como enseña el Angel de las escuelas, que Dios dá á cada una la gracia segun la dignidad á que la destina, es imposible que ninguna criatura haya recibido mas gracias que María. Ahora bien, y supuestos estos principios, y que en María Santísima no se fué aumentando la gracia progresivamente, sino que el Señor se la comunicó toda desde el primer momento de su creacion, resulta que ninguna criatura estuvo mas íntimamente unida á Dios que ella. La caridad, ó sea el amor, es la base de la santidad, luego ni los mas austeros anacoretas, ni los mas esforzados mártires, ni las mas ilustres virgenes la escedieron ni aun la igualaron en su amor á Dios. Ved por lo tanto, mis amadísimos hermanos, si nosotros podemos tomar un modelo mas perfecto para cumplir con el primer precepto de nuestra santa y divina ley, que nos manda amar á Dios con todo nuestro corazon, con toda nuestra alma y con todas nuestras fuerzas.

Y en efecto, leereis en las vidas de los santos que continuamente se ejercitaban en hacer actos de amor de Dios: María no solamente practicaba estos actos, si que á mas, como dice Bernardino de Bustos, con